



Discurso 170 años

Queridos invitados, jesuitas, educadores y ex educadores, estudiantes y exalumnos, apoderados, y amigos todos:

En primer lugar, quisiera agradecer la presencia de las representantes del Alcalde de Santiago, señor Mario Desborde, ya que nuestro colegio está ubicado en el corazón de la ciudad, como una de las instituciones con más tradición histórica, lo cual nos ha permitido recibir estudiantes de distintas comunas de la región metropolitana. Esa es una de las riquezas de nuestro colegio.

También quisiera agradecer la presencia de jesuitas, ya que para la Compañía de Jesús este colegio fue una de las primeras obras que se abrieron al regresar a Chile después de la supresión de la Compañía de Jesús, educando y formando a tantos alumnos a lo largo de todas estas décadas. También agradecer la presencia de ex rectores o ex directores que con tanto cariño, responsabilidad y empeño guiaron al colegio en sus desafíos y tareas en bien de nuestros estudiantes. Agradecer la presencia de los educadores del colegio y ex educadores que con tanta fuerza han entregado y siguen dando lo mejor de sí a los estudiantes en su formación integral. Agradecer la presencia de exalumnos, porque han intentado vivir el lema del colegio de salir al mundo a servir a la sociedad y luchar por un mundo mejor y siguen viendo el colegio como su casa. Por último, agradecer la presencia de algunos estudiantes en representación de todos y todas que son la razón de ser del San Ignacio, y la presencia de representantes de apoderados que quisieron elegir este colegio para la formación de sus hijos o hijas.

El primero de mayo de 1856 el colegio san Ignacio abrió sus puertas a los primeros 44 estudiantes internos organizados en dos salas de clases: alumnos mayores y menores. Han pasado 170 años de su fundación y hoy nos reunimos para agradecer por tanto bien recibido. Son tantas las generaciones de exalumnos, que han egresado de aquí con una gran misión: servir a la sociedad. Hoy, al celebrar este aniversario, también hacemos

memoria agradecida de quienes fundaron esta obra educativa con fe y visión. A quienes han sostenido su misión a lo largo del tiempo.

Uno de los hitos más significativos de nuestra historia reciente ha sido la incorporación de mujeres a la comunidad educativa. Tras 159 años formando solo varones, dimos un paso que no solo responde a los signos de los tiempos, sino que expresa con mayor profundidad nuestra misión. Hoy, al ver nuestras aulas diversas, comprendemos que educar es también aprender a convivir, a respetar y a construir juntos. Las primeras estudiantes de este colegio que llegaron en 2015 no solo se fueron integrando: han abierto camino, enriqueciendo para siempre lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Para 2028, esperamos ya celebrar el egreso de la primera generación mixta.

Este aniversario no es solo la celebración de una larga trayectoria, sino también la expresión viva de una misión que ha perdurado en el tiempo, inspirada en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola. Una misión que ha buscado, generación tras generación, formar personas capaces de “en todo amar y servir”.

Así, a lo largo de estos 170 años, el colegio ha sido fiel a un propósito que va mucho más allá de lo académico. Ha buscado formar hombres y mujeres conscientes, competentes, compasivos y comprometidos, capaces de discernir con profundidad, de actuar con justicia y de poner sus talentos al servicio de los demás.

Y nos enorgullece ver tantas generaciones de exalumnos que se han tomado muy en serio el lema del colegio: entramos para aprender y salimos para servir. Ver exalumnos que han luchado por un mundo más justo, más honesto, en donde la derrota no implique necesariamente fracaso sino, por el contrario, un camino distinto, con destinos insospechados. Ellos han sido, de una u otra forma, privilegiados, porque se tomaron en serio el servicio a la sociedad y han aportado en hacer de este mundo mejor.

En el colegio seguimos enseñando a soñar, a mirar más allá del entorno, a ponernos grandes metas. Son esos sueños lo que nos mueven y nos hacen caminar. Hoy damos gracias por tantos estudiantes y exalumnos que siempre han soñado un mundo mejor; han soñado fraternidad, honestidad, verdad, caridad, integridad, comunidad. Y esos sueños los han hecho realidad. “Una de las marcas ignacianas es no ser cortos en el soñar, no descorazonarnos por las dificultades y cada día ir haciendo posible lo que parecía una vez utopía irrealizable”. No basta con adaptarse al mundo; debemos formar personas capaces de transformarlo. La espiritualidad ignaciana nos invita a mirar la vida con sentido, a

preguntarnos constantemente por nuestro propósito, a reconocer la presencia de Dios en todas las cosas y a actuar en consecuencia. En ese camino, la educación que aquí se entrega no solo forma mentes, sino también corazones y voluntades.

La espiritualidad ignaciana también nos impulsa a mirar hacia adelante. Nos invita al discernimiento, a preguntarnos qué se nos pide hoy, en el mundo en que vivimos. Un mundo que necesita personas con profundidad interior, con sentido de justicia, con capacidad de escuchar y de responder generosamente a las necesidades de los demás. Ese sigue siendo el desafío del colegio San Ignacio: formar personas que no sólo busquen el éxito personal, sino que orienten su vida al servicio, al compromiso social y a la construcción de un mundo más justo y fraterno. A los estudiantes, especialmente, les corresponde acoger este llamado. Ser parte de esta comunidad implica asumir un compromiso con estos valores, dejándose formar integralmente, construyendo una comunidad al servicio de los demás, con esperanza, profundidad y sentido.

A nivel más personal, me asomo a este aniversario 170 desde una experiencia distinta que la de los exalumnos presentes, que pasaron aquí aproximadamente 14 años. Estudié en otro colegio, pero he tenido la fortuna de colaborar tres veces en el San Ignacio, en distintos periodos. Conocí el San Ignacio en los años 80, cuando era un ingenuo novicio aprendiendo a ser jesuita. Luego, volví por cuatro años, a mediados de los años 90, recién ordenado sacerdote, para servir y acompañar a los estudiantes mayores. Y finalmente, me tocó volver el año pasado, como director del colegio. Han sido tres momentos muy distintos, en lo personal, pero también en lo institucional. Me ha tocado ser testigo de 5 décadas diferentes del San Ignacio; las últimas 5 décadas de esta larga historia de 170.

¿Y qué percibo? Por un lado, un colegio que ha cambiado mucho en estos años. Internamente y también porque la ciudad de Santiago ha cambiado. Antes, éramos cerca de 8 jesuitas colaborando en distintos roles. Imposible olvidar al Hermano Delgado entre ellos. Hoy, somos solo dos: el Padre Ismael y yo, y muchas labores que antes hacíamos los jesuitas son compartidas con laicas y laicos que llevan la pastoral, que han llevado la dirección, entre muchas otras cosas. Por supuesto, antes sólo había hombres, hoy se siente la presencia femenina en todos los rincones, enriqueciendo lo que somos y hacemos. Los cambios físicos también son evidentes: el gimnasio, el comedor, el preescolar, la biblioteca, la capilla interior, las canchas y los patios, etc. En muchos sentidos, es otro colegio que hace 40 o 50 años.

No obstante, por otro lado, percibo que es el mismo colegio de siempre; con su misma alma ignaciana inmortal. Los nuevos espacios no han cambiado el foco y las mujeres han ido aprendiendo el amor a Dios y el servicio, mostrándonos nuevas maneras de vivir el mismo espíritu ignaciano de siempre. Hasta, me atrevería a decir que percibo niños y niñas, jóvenes, más respetuosos, cariñosos y curiosos que antes. Pero quizás lo más importante, percibo que –pasan los años– y el San Ignacio sigue teniendo la misma misión, en el mismo corazón de la ciudad, a cuerdas de la Alameda y de la Moneda. Nuestro proyecto educativo señala hoy que nuestra visión es: *“Ser el colegio que, en el corazón de la ciudad, convoca a estudiantes de gran parte de las comunas de Santiago, a vivir la formación ignaciana integral, que les permita proyectarse sirviendo como ciudadanos y ciudadanas que trabajen por la justicia social y por la construcción de una iglesia renovada, según el mensaje del Evangelio.”* Veo que han pasado las décadas, y Santiago crece y se expande, con nuevos barrios y comunas hacia la zona norte y la zona sur. Se expande la red de metro, conducida desde aquí al lado, desde una línea, a 7 líneas operativas hoy (pronto 8). Y para nosotros, esto sólo ha significado más oportunidades, pues el San Ignacio sigue siendo el colegio que convoca a esta diversidad de la ciudad desde su corazón, ofreciendo una convivencia única, construir comunidad, que lleva a descubrir a Dios y las múltiples maneras de amar y servir.

Mirando nuestro colegio hoy, hay mucho todavía que crecer, hay muchísimo que hacer, hay demasiados lugares donde servir y donde amar. Que el Señor Jesús nos bendiga y nos regale seguir celebrando nuevas décadas, a mayor gloria de Dios.